

DOMINGO IV DEL TIEMPO DE ADVIENTO

20 de diciembre 2020



Entramos en la recta final de preparación para la celebración del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Quisiera que fijáramos nuestra atención en el Evangelio que acabamos de escuchar (Lc. 1,26-38) y observemos cómo es que Dios nace, acontece en nuestras vidas.

Presento a su consideración 4 reflexiones que me suscita el Evangelio leído hoy, sobre el modo como Dios acontece en nuestra vida: 1º. Dios toma la iniciativa. 2º. Dios viene de manera oportuna. 3º. Dios acontece, en cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier persona. 4º. María nos enseña a recibir a Dios que nos visita siempre.

1º. Dios toma la iniciativa, hace camino hacia nosotros, por eso podemos tener la certeza de que podemos vivir la dicha de la comunión con Dios en esta tierra, porque Él viene hacia nosotros, nos busca; ojalá nos dejemos encontrar. **2º. Dios viene de manera oportuna**, justo en el modo que lo necesitamos en cada momento. En el evangelio de hoy, Dios llega a María a través de un ángel, el ángel Gabriel, que porta y transmite la fuerza de Dios. Así como en aquella ocasión llegó a través del ángel Gabriel, Dios viene a nuestra vida de las más diversas e inesperadas maneras: para fortalecer, sanar, perdonar, reconciliar, consolar, transformar, renovar, dar visión, celebrar... **3º. Dios acontece, en cualquier momento, en cualquier lugar, en**

cualquier persona. Ciertamente Dios está presente en los lugares dedicados a Él, de hecho 6 meses antes de que el ángel se presentara a María se apareció en el templo cuando anunció al sacerdote Zacarías que su mujer Isabel tendría un hijo: Juan el Bautista quien sería el precursor de Jesús. Pero lo más extraordinario es que Dios acontece allí donde creemos las personas que no es posible que Dios haga presencia. Del mismo modo que Dios se hizo presente en Galilea, tierra de tinieblas (cf., Mt 4,15); en Nazareth, un pueblo insignificante que no figuraba en las profecías sobre el Mesías (Jn 1,46); y aún más extraordinario resulta que se le presente a una mujer cuando en ese tiempo y lugar no se les daba a las mujeres el debido reconocimiento en la marcha de la historia, así mismo Dios acontece hoy en cualquier persona, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia donde falta la fe, el amor, la alegría, la esperanza y la luz de su presencia.

4º. Veamos ahora como María nos enseña a recibir a Dios que nos visita siempre. Es un hecho, según el evangelio que hemos escuchado, que Dios puede,

quiere y de hecho llega a todo lugar, a cualquier persona, en medio de cualquier circunstancia.

María nos enseña en el evangelio de hoy a acoger a Dios que viene a nosotros y así ella se convierte en modelo para nosotros que queremos recibir a Dios y permitirle hacer Su obra en nosotros. Seis

actitudes de María en el Evangelio de hoy si nos las apropiamos nos harán gustar como a ella la alegría de que Dios haga en nosotros su obra: (1) **Escuchar a Dios:** este escuchar a Dios es un don, un

verdadero regalo, un regalo que se alcanza si lo pedimos en nuestra oración constante, un regalo que se nos da cuando leemos, meditamos, oramos y practicamos la Palabra de Dios, un regalo que se nos da cuando reconocemos la grandeza de Dios.

(2) **Volver la mirada sobre sí mismos, desde la perspectiva de Dios.** La virgen se sorprende y hasta queda un poco confundida con todo lo que sabe ahora de sí misma desde la perspectiva de Dios.

Ojalá nos pudiéramos nosotros también sorprender por las palabras amorosas y comprometidas que Dios pronunció sobre nosotros el día que nos creó,

el día que fuimos bautizados, ojalá nos estremeciéramos al conocer en cuánta estima nos tiene Dios por ser sus hijos, ojalá resonaran siempre en nuestra alma las palabras de perdón, aliento y vida que Dios pronuncia cada día sobre nosotros.

(3) Ser sensatos y reconocer nuestros límites.

María ha reconocido su grandeza, pero no pierde la cordura y sabe que tiene sus límites, pero sus límites no le causan amargura, sino que la llevan a un diálogo sensato y sereno con el Señor. (4)

Convencernos de que es en nuestra fragilidad donde se pone de manifiesto la fuerza de Dios. El ángel Gabriel nos enseña con sus palabras y María con su vida que es en aquello que nosotros llamamos imposible donde están las grandes e impensables posibilidades de Dios (5) **Arriesgarse a seguir la llamada de Dios.** Una vez que María tuvo clara la llamada de Dios simplemente se arriesgó y se comprometió con aquello que escucho. Dios a todos nos habla de tantas maneras, que Él mismo nos dé la gracia de arriesgarnos por lo que descubrimos como llamada en nuestra conciencia a

ser mejores seres humanos, mejores cristianos. (6) **Saber en qué, una vez asumida la tarea, todo depende de nosotros y todo depende de Dios.** Así que la consigna es que oremos como si todo dependiera de Dios y obremos como si todo dependiera de nosotros. Una vez que María acepta la tarea, el ángel la deja sola, sabe que corre riesgo, pero no tiene miedo sabe que de cualquier manera Dios hará posible que ella cumpla su encargo.

Queridos hermanos dejemos que ahora que nos preparamos para celebrar el nacimiento de Nuestro Señor se fortalezca nuestra fe al saber que no somos nosotros los que buscamos a Dios sino que es Él quien nos busca a nosotros sin importar nuestra condición y que la virgen María se convierta para nosotros en modelo para acoger a Dios que nos busca: (1) pidiendo la gracia y entrenándonos para escuchar la voz de Dios; (2) volviendo la mirada sobre sí mismos, escuchando las palabras amorosas que Dios pronuncia sobre nosotros; (3) siendo sensatos y reconociendo nuestros límites sin amargura; (4) convenciéndonos de que es en

nuestra fragilidad donde se pone de manifiesto la fuerza de Dios; (5) arriesgándonos a seguir las llamadas de Dios; (6) viviendo nuestra vida como quien sabe que todo depende de nosotros y todo depende de Dios.

Que a sabiendas de que **“el amor consiste no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero”** (1 Jn 4,10) podamos repetir con María: **“se alegra mi espíritu en el Señor porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mi”** (Lc 1,46-48).